

Vivir la educación y compartir los valores a través del acompañamiento incondicional al alumno.

Educar con la mirada, con nuestro cuerpo, nuestros gestos y no sólo con el libro de texto.

EL RECURSO EDUCATIVO POR EXCELENCIA ERES TÚ

JOSÉ MARÍA TORO

MAESTRO Y ESPECIALISTA EN CREATIVIDAD Y TÉCNICAS DE ESTUDIO

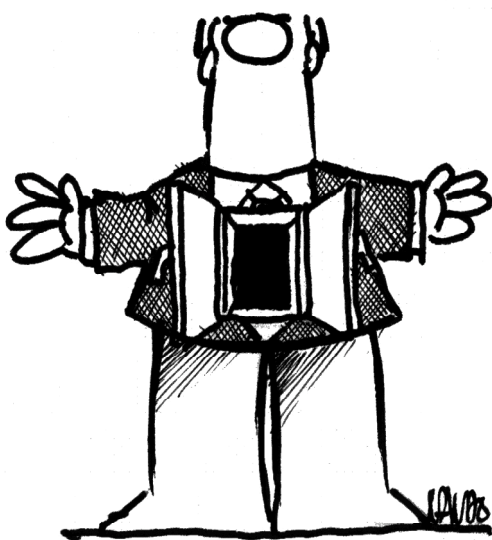
La mayor parte de la formación inicial y continua del profesorado suele dirigirse a *formar el "hacer"* técnico o metodológico propio y específico de la acción docente. La mayoría de propuestas formativas se dirigen a la capacitación técnica o de intervención. Algo similar sucede en los procesos de formación para padres, centrados en su gran mayoría en dar pautas e indicaciones sobre qué hacer con los niños, qué hacer ante determinadas situaciones o problemáticas.

Se relega a un segundo plano, cuando no se minimiza o incluso se obvia, la formación humana, el estado personal, *el propio proceso de desarrollo y transformación* de aquellos que luego tienen un papel tan importante en el cuidado, trato y atención a niños, jóvenes e incluso adultos.

Pero ¿quién, cómo y cuándo se forma o se desarrolla el "ser" de padres y maestros?

Los niños van demandando algo más que una actuación técnica impecable; van requiriendo una *interacción o encuentro humano* que sea, en sí mismo, formativo y educativo.

La "presencia", el estado personal de padres y maestros se va revelando como uno de los mejores recursos para la eficiencia y fecundidad de la intervención pedagógica o educativa. Esta intervención es una actuación esencialmente *corporal* porque es una intervención "cuerpo a cuerpo". Se puede instruir virtualmente, podemos proporcionar información a través de los recursos tecnológicos... pero "hacer a un ser humano", "formar a ciudadanos responsables, libres y felices"... sólo puede darse en el encuentro interpersonal. Y no hay encuentro sin "presencia".





¿QUÉ ES LA PRESENCIA?

La "presencia" es algo difícilmente definible. Pero si abrimos la palabra y nos adentramos en ella nos revela la profundidad de su significado: la presencia consiste básicamente en *presentar la esencia*.

PRESENCIA
PRESENTAR MI ESENCIA
ESTAR PRESENTE, VIVIR EN PRESENTE:

Cuando "estoy presente" soy "un presente"

(= un aquí-ahora)
(= un regalo)

Sin embargo, ¿qué suele ocurrir? Sucede que "*en mi estar no siempre estoy presente*", *no siempre estoy en "lo que estoy", haciendo lo que hago*.

La "presencia" no consiste tanto en "*estar delante de los niños*" cuanto en "*estar dentro*", en contacto con uno mismo. La "presencia", tal y como la entiendo y promuevo, significa "*presencia de un determinado estado de consciencia y de conciencia*".

Un educador no ha de buscar una "identificación con él" sino la construcción en cada uno de su propia identidad. De esta forma, *ya no es un modelo sino una "presencia"*, un signo referencial que con su solo "estar" educa, interpela e interroga al niño. Pero puede ser, además, una *presencia*

abierta a los niños, también "presencias" que, a su vez, educan, interpelan e interrogan al adulto.

Desde la "presencia", un educador *no demuestra*, sino que "*muestra*" y "*se muestra*". Muestra unas determinadas maneras de pensar, sentir, emocionar, actuar y relacionarse. Pero, sobre todo, *se muestra a sí mismo*.

Me costó años advertir que no soy tanto *un rol, una función* cuanto una *presencia* que, ciertamente, desempeña unas funciones que corresponden a un determinado rol, papel o responsabilidad.

Hasta el día de hoy continúo trabajando y trabajándome para poder ser una presencia cada vez más plena y más serena en todo aquello que hago. Una presencia *más total*:

- estar presente con la espalda, con las tripas, en las piernas y en los pies,
- estar presente con la mente y con el corazón, en mis pensamientos y en mis emociones
- estar presente con mi respiración y en mi respiración
- estar presente en mis posturas y movimientos.

En definitiva, "estar presente" para hacer lo que he de hacer y que esta acción sea *un hacer "habitado"* o consciente y en el que se implica y participa la tota-

lidad de mi cuerpo, todo mi ser. Esto significa e implica ir desarrollando y afinando una atención *total* dirigida a toda la persona, a todo el cuerpo, mío y de los niños. Es algo que me obliga a estar atento a todo y a todos: percibir el más mínimo cambio en la respiración, en la tensión de los músculos, observar las colocaciones y alcances de las miradas, cualquier fluctuación en la voz, cualquier agitación en los párpados, los movimientos involuntarios de los dedos, de las manos.....

Este modo de "presencia" se constata con diversas características, rasgos o cualidades:

- una presencia *abierta*
- una presencia *que actúa*
- una presencia *que expresa y se expresa*

1. UNA PRESENCIA ABIERTA

La apertura es la actitud de fondo básica y fundamental que sostiene un determinado modo de presencia del educador. "Abrir" es el gran infinitivo a conjugar permanentemente en clase y en casa, en todo tiempo, modo, lugar y persona: abrir nuestra mirada y nuestra escucha, abrir nuestras manos y las articulaciones de nuestro cuerpo, abrir nuestro pensamiento a otros modos de comprender las cosas y abrir nuestro corazón para que los demás puedan entrar en él.

Sugiero dos aperturas básicas y especialmente importantes:

- La *apertura de las manos*. Dedicar momentos y ejercicios para tomar conciencia de la máxima apertura y expansión de nuestras manos, evitando toda tensión o crispación. Suelo invitar a los niños a mantener la conciencia de dicha apertura todo el tiempo posible, de una manera especial cuando hacen cualquier ejercicio de papel y lápiz. Les insisto: "la mano que está apoyada sobre la mesa o sosteniendo el cuaderno

Sólo si me abro puede un niño acercarse y entrar en mí, sentirme no sólo como alguien cercano o próximo sino incluso como alguien "íntimo".

para que no se mueva.... *lo más abierta posible*"; "estudiamos con las manos abiertas",.... *La mano abierta abre nuestros circuitos internos.*

Una *postura abierta del cuerpo* en los momentos en los que hago alguna interpelación, crítica, valoración o invitación a la toma de conciencia. Un cuerpo cerrado (brazos cruzados, posiciones de cerramiento, alejamiento de la mirada....) no recibe nada o muy poco de lo que se le está diciendo. Por eso no continúo en mi diálogo cuando lo que presentan ante mí son gestos de cerramiento.

Abrirse siempre conlleva un riesgo porque cuando me abro me muestro en lo que soy y entonces puedo volverme vulnerable. Pero *sólo entonces puedo ser accesible*. Sólo si me abro puede un niño acercarse y entrar en mí, sentirme no sólo como alguien cercano o próximo sino incluso como alguien "íntimo".

La "presencia" como "apertura" se va perfilando con muy diversos matices:

- una presencia abierta a la "presencia" de los otros
- una presencia abierta y favorecedora del encuentro
- una presencia receptiva y humilde que se deja interpelar por las demás presencias
- una presencia abierta al circuito dar-recibir
- una presencia silenciosa, atenta y en actitud de escucha
- una presencia abierta a lo que sucede y a los cambios

El niño es visto, sentido y comprendido como *una presencia en proceso de aprendizaje*. No es sólo, ni tan siquiera fundamentalmente, un objeto de instrucción y enseñanza sino *un sujeto con el que encontrarse y relacionarse*.

Si el maestro "se encuentra con los niños", y no sólo se limita a estar delante de ellos, estará creando las condiciones propicias para que el estar en la clase sea, sobre todo, una ocasión y una oportunidad para el encuentro. Si el maestro establece un encuentro personal con los niños, y no se limita a ser un gestor de temas y ejercicios, estará favoreciendo que el estar en clase no quede reducido y empobrecido a un "trabajar juntos" sino que podrá experimentar-

se como un "vivir juntos".

Más allá de un lugar de trabajo la clase puede ser y vivirse como un *espacio para la convivencia*.

El encuentro de "presencias" abre de inmediato una dinámica a la que llamo el "*circuito de la generosidad*". Lo más importante que puede hacer un maestro no es "dar" matemáticas o lenguaje sino "darse a sí mismo". Sólo soy lo que doy... pero también puedo "llegar a ser" lo que recibo.

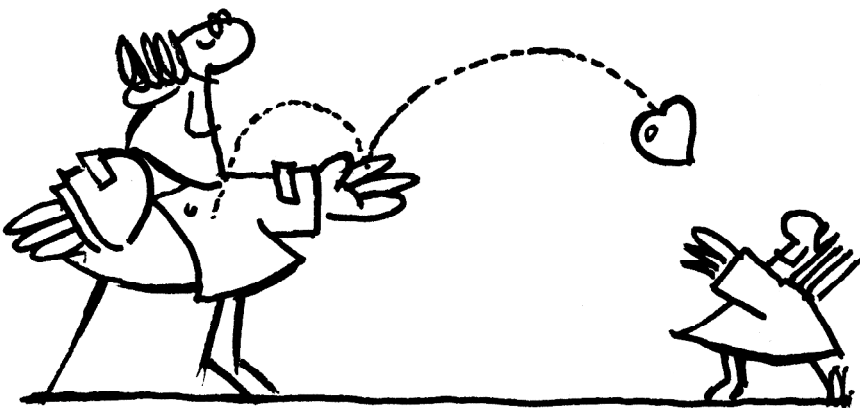
Pero, para el adulto, también los niños son veneros que le proporcionan un agua fresca y transparente. Y con humildad y reverencia coge su jarro y toma de ellos ese agua de vida que pueden ofrecerle ya que también él tiene sed y necesidad de ella.

Las formas y momentos para trabajar esta misma dinámica con los niños son innumerables. Lo más importante es mantenerse especialmente atento a las situaciones en las que se realiza algún tipo de intercambio o donación espontánea: ¿cómo estamos presentes en la transferencia o intercambio de algo?

Estoy planteando un nuevo contenido curricular: *la naturaleza de nuestros intercambios y su potencial formativo*.

La clase y la vida familiar nos plantean, una y otra vez, el reto de estar delante de los niños, y ante uno mismo, cada vez con menos pensamientos, con menos barullo mental, con menos distracciones y con todos los sentidos abiertos, muy, pero que muy abiertos. Sobre todo entregarse a la observación atenta: estar atento

Más allá de un lugar de trabajo la clase puede ser y vivirse como un espacio para la convivencia.



a todo el cuerpo de un niño, a todo el cuerpo de la clase, al ambiente o atmósfera en el aula, al modo general como se desarrolla una actividad en particular...

Otras veces podemos entregarnos a una atención más focalizada y específica: a un niño o niña en concreto, a una parte concreta del cuerpo de un niño, a un sector de la clase, al modo particular como alguien desarrolla la actividad propuesta, al modo de respirar, a la manera de coger el lápiz, a los recursos utilizados en la gestión de una dificultad, de un conflicto...



La presencia que actúa ha de ser, al mismo tiempo, una presencia paciente.

2. UNA PRESENCIA QUE ACTÚA

Cuando planteo la "presencia" como *una presencia que actúa* estoy planteando que, además de lo anterior, hay *otra manera de desarrollar y vivir las acciones y los gestos cotidianos*. Y esto también ha de formar parte del currículum, no sólo del oculto, también del explícito y voluntario.

Por eso es tan importante que el niño capte que hay "*otra manera*" de acercarse y abrir una ventana, de escuchar la intervención de un compañero, de escribir sobre el cuaderno, de levantar la silla que se ha caído o ha sido tirada, de borrar la pizarra, de tener colocadas las cosas, de hablar o acariciar al otro,...

La presencia que actúa ha de ser, al mismo tiempo, una *presencia paciente*. Inhibir el impulso, mi tendencia al inmediatismo, al atosigamiento y a la rapidez es una intención, una voluntad, un deseo y una tarea que me acompaña todos y cada uno de los días. Para ello pongo carteles o papelitos en varios lugares estratégicos de la clase (en mi mesa, junto a la pizarra, en las ventanas...) que me recuerdan y nos recuerdan un modo *más sereno y más consciente* de hacer o actuar.

En la clase llegamos incluso a ponernos de acuerdo en un gesto (abrir y cerrar las manos uniendo las yemas de los dedos) que nos hacíamos unos a otros para advertir la presencia de la rapidez, del excesivo volumen, de la inquietud.... en nuestro modo de conducir la actividad.

3. UNA PRESENCIA QUE EXPRESA Y SE EXPRESA

La presencia del educador es siempre una presencia elocuente. No sólo dice sino que "se dice". Puede expresar palabras, ideas, pensamientos e incluso visiones del mundo..., pero sobre todo puede expresarse a sí mismo. También los niños son presencias que expresan y se expresan.

Durante años he tenido que estar muy atento para silenciar tantas y tantas palabras sin interés, que no decían nada, palabras que entraban por un oído para salir rápidamente por el otro, palabras que se las llevaba el viento. Aún hoy he de mantenerme alerta para aquietar o disolver gestos vacíos que no son sino meras muecas.

Mi experiencia en clase me ha ayudado a comprobar el efecto extraordinario que sobre el cuerpo y la conducta tienen determinadas palabras, cuando estas son "incorporadas", pasadas al cuerpo del niño.

Es algo que lleva su tiempo. Como la lluvia suave: es su insistencia la que acaba empapando la tierra y acrecentando los mares. Es como si el cuerpo se impregnara de la conciencia de lo que esas palabras revelan. Pero para ello hay que hacerlas presentes, una y otra vez.

Nuestra clase, nuestra casa puede ir decorándose, según se van presentando, con algunas "*frases especiales*" que, poco a poco, van quedando impresas en el corazón de cada uno: "*El silencio es bonito y nos ayuda a estar*



A veces me sorprende cómo hay adultos que se preocupan más por la caligrafía que por la calidad de la mano que escribe.

mejor”, “La ternura es la suavidad con la que nos sale la luz que llevamos dentro”, “A las cosas sólo podemos oírlas con el corazón”, “Para hacer bien una cosa, amigo mío, hay que amarla”, “Siempre puedo empezar de nuevo”, “Hacer de mi voz una caricia”...

EL CUERPO COMO LUGAR DE PRESENCIA

A veces he tenido la sensación de no ser más que un *volumen* móvil que se desplazaba por la clase y por la vida y actuaba mecánica y automáticamente. Sin embargo, la “presencia” es un “estar habitado”, un “estar consciente” que implica y conlleva un determinado estado de conciencia y que, a su vez, se sostiene y se asienta en un estado corporal, en un modo particular de gestionar y usar el propio cuerpo.

El niño asimila mucho mejor algo cuando forma parte de una situación que ya está viviendo, que le es natural. La “presencia” no es algo a abordar en clase como un tema más sino algo que podemos tener en cuenta, y de lo que podemos darnos cuenta, en todos y cada uno de los momentos que se vayan dando y en todas y

cada una de las actividades que vayamos haciendo. Así, por ejemplo, podemos tomar conciencia de nuestras manos mientras escribimos en el cuaderno; podemos invitar al niño a detener su actividad y a darse cuenta del nivel de apertura, tensión o crispación de su mano, de sus dedos, su modo de coger el lápiz, la cantidad de fuerza que aplica sobre el papel, el emocionar desde el que está desarrollando la actividad, la postura y la presencia del resto de su cuerpo, y observar cómo todo ello repercute o afecta a la calidad de su escritura y al bienestar de su mano y de todo su cuerpo.

A veces me sorprende cómo hay adultos que se preocupan más por la caligrafía que por la calidad de la mano que escribe.

En más de una ocasión, consciente y deliberadamente, hago una pausa en lo que estoy haciendo. Me detengo y digo en voz alta: “-Un momento”. Unas veces con los ojos abiertos, otras con los ojos cerrados, respiro profundamente, dirijo mi mirada hacia mi interior para darme cuenta de cómo estoy: mi postura, el ritmo y volumen de mi voz y mis movimientos, la vibración de mi palabra, la ubicación de mi mirada,

mi modo de respirar, el contacto de mis pies con el suelo, el estado de mis manos y dedos, la suspensión de mi columna,.....

La *pausa* es la que me permite continuar con otra *pauta* en mi presencia y movimientos.

El simple hecho de *tomar conciencia del estado de nuestro cuerpo* constituye un ejercicio básico y continuamente reiterado que favorece el hacernos más conscientes de nuestra presencia.

Las actitudes y los valores no se “transmiten” como “contenidos” sino que se “contagian” como un “estado”; son “materias” de lo que denomino “*aprendizaje atmosférico*”. Por eso cuestiono su abordaje transversal y propongo la “medularidad” como enfoque alternativo. Un niño se educa no con lo que decimos sino con lo que nos ve que hacemos de manera natural, espontánea y habitual. Para dar peso a la “presencia” del adulto como gran recurso pedagógico el educador ha de liberarse de la “presión” curricular y social y de la “prisión” de los libros de texto. La “dictadura” del libro de texto, un “seguidismo” incondicional y ciego a él impiden la apertura necesaria para acoger lo imprevisto, lo no programado. Se olvida, con demasiada frecuencia, que el programa y el libro están hechos para la clase, sin viceversa. ■



PARA SABER MÁS:

-TORO, J. Ma, *Educación con "Co-razón"*, (2ª edic.), Desclée, Bilbao, 2005.

-TORO, J. Ma, *La Vida Maestra*, Desclée, Bilbao, 2005.

-TORO, J. Ma, *El pulso del cotidiano. Ser-Hacerse-Vivir-Realizarse*, Sal Terrae, Santander, 1993.